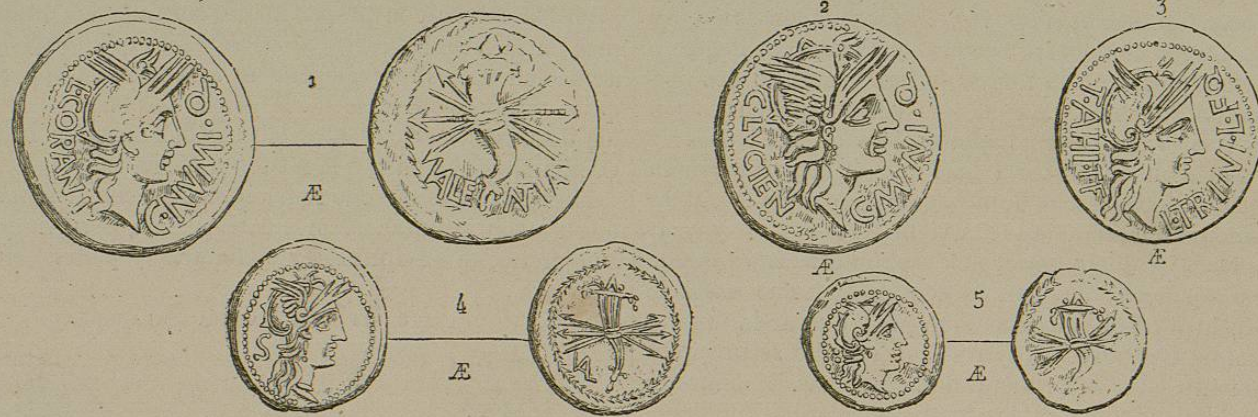


Este era aquel Pompeyo que había venido á España con infu-  
las de acabar con Sertorio en contados meses. Hubiera podido  
entonces Sertorio cruzar la Galia y los Alpes como otro  
Aníbal, y mas contando con las simpatías de muchos pueblos  
de Italia. Pero Sertorio no quería dejar de ser romano. Amaba  
á su patria, donde tenía una madre á quien idolatraba, y de  
cuyo extraordinario amor filial no hay historiador que no  
haya hecho especial mérito. Su deseo era regresar á Italia  
pacíficamente, y que el senado revocara el decreto que le  
tenía proscrito. Con esta condicion proponía la paz, pero tuvo  
el dolor de ver rechazadas sus proposiciones.

Entre tanto España se iba amoldando al gobierno y á las  
costumbres de aquella misma Roma que combatía: los espa-  
ñoles se llamaban ciudadanos romanos; Evora y Huesca eran  
ya ciudades ilustradas, que habían adoptado letras, artes,  
idioma y legislación romanas: el mismo Sertorio se vanagloriaba  
de haber hecho una Roma española, de haber trasladado  
Roma á España (1).

VALENTIA (VALENCIA)



tado con aquella cláusula, y envió á Sertorio los tres mil  
talentos y las cuarenta galeras, que él fué á recibir á Denia,  
ganando á Valencia de paso (74).

Pero estos eran los últimos resplandores de la gloria de  
Sertorio. Aquel Metelo que por pequeñas ó imaginarias victo-  
rias se había hecho incensar como una divinidad, determinó  
deshacerse por la traición de un enemigo á quien no obsta-  
nte todas sus ilusiones no podía vencer. Pregónó entonces su  
cabeza, y púsole á precio, ofreciendo por su vida mil talentos  
de plata y veinte mil arpentas de tierra. Y como esto coinci-  
diere con haber recibido Pompeyo refuerzos que el senado le  
enviaba en virtud de su enérgica reclamación, y con haberse  
empezado á notar deserción en las filas sertorianas de parte  
de los soldados romanos, que estaban viendo el instante en  
que se quedaban sin su jefe, mil negros presentimientos co-  
menzaron á ennublar y turbar la imaginación ya harto  
melancólica y sombría de Sertorio. Recelando de la lealtad  
de los romanos, su mismo recelo le hacía tratarlos con aspe-  
reza y severidad. Habiendo confiado la guardia de su persona  
exclusivamente á españoles, esta preferencia excitó en aque-  
llos el resentimiento y la envidia, y poco á poco le iban aban-  
donando. Entonces pudo conocer de parte de quién estaba la  
lealtad, y cuán injusta había sido la predilección con que  
antes había mirado á los romanos sobre los indígenas, pero  
era ya tarde.

Mortificado además con la perpetua ansiedad que le agi-  
taba, obróse en su carácter un cambio completo. El negro  
humor que le dominaba hizole áspero, duro, caprichoso y  
cruel. Aprovechándose de esta disposición sus tropas, vejaban  
los pueblos con todo género de violencias y extorsiones, pre-  
gonando que lo hacían de orden de su jefe. Y como el edicto  
de Metelo le hiciese ver en cada uno de los que le rodeaban

(1) Pensamiento que expresó el gran Corneille en una de sus tragedias  
con aquel célebre verso que puso en boca de Sertorio:

Rome n'est plus dans Rome, elle est toute où je suis.  
Roma no está ya en Roma, está donde estoy yo.

La fama de las proezas de Sertorio había llegado al Asia; y  
Mitrídates, rey del Ponto, que buscaba en todas partes ene-  
migos á Roma, al tiempo de renovar por tercera vez la guerra  
contra los romanos, despachó embajadores á Sertorio solici-  
tando su alianza. Estos, despues de compararle á Pirro y  
Aníbal, le ofrecieron á nombre de su rey una suma de tres  
mil talentos y cuarenta galeras equipadas para combatir á los  
romanos en España, con tal que él le enviara un refuerzo de  
tropas al mando de uno de sus mejores oficiales. Pero Serto-  
rio, fiel á la causa de su patria, contestó con dignidad, y aun  
con algo de altivez: «No acrecentaré yo nunca mi poder con  
detrimento de la república; decidle que guarde él la Bitinia  
y la Capadocia que los romanos no le disputan, pero en cuan-  
to al Asia Menor no consentiré que tome una pulgada de  
tierra mas de lo que se ha convenido en los tratados.» Cuando  
esta contestación le fué comunicada á Mitrídates, exclamó:  
*Si tales condiciones nos impone hallándose proscrito, ¿qué  
sería si fuese dictador en Roma?* Sin embargo, aceptó el tra-

un conspirador y un aspirante al premio de su muerte, á tal  
punto se extravió su razon, que hizo perecer en el suplicio  
una parte de los jóvenes nobles que se educaban en Huesca,  
vendiendo á otros como esclavos. Tan cruel desahogo de su  
exaltada bilis acabó de exacerbar los ánimos con gran satis-  
facción de los que trabajaban por hacerle odioso, y muchas  
ciudades se entregaron á Metelo y Pompeyo, que con tal  
motivo caminaban boyantes y victoriosos.

No eran, sin embargo, infundadas las zozobras del inquieto  
y desatentado general. La conjuración existía. El viejo Per-  
penna, que desde el principio se había resignado mal á ocupar  
un segundo puesto en el ejército, era el alma de la conspira-  
ción, en la cual había hecho entrar á muchos oficiales. «Para  
honor de España, dice un escritor extranjero, hay que con-  
fesar que ninguno de los conjurados era español; todos eran  
romanos.» El cobarde Perpenna discurrió ejecutar su abomi-  
nable proyecto en un festín, pero era difícil hacer concurrir  
á él al melancólico y mal humorado Sertorio. Para conseguirlo  
fingió una carta en que uno de sus lugartenientes le noti-  
ciaba una victoria alcanzada sobre los enemigos, y díjole que  
para celebrarla se había dispuesto un banquete. Asistió, pues,  
Sertorio. Los convidados se entregaron de propósito á una  
inmoderada alegría. En medio de ella dejó caer Perpenna  
una copa de vino; era la señal convenida: el que se sentaba  
al lado de Sertorio, le atravesó con su espada; quiso el des-  
graciado incorporarse, pero sujetándole el asesino al respaldo  
del sillón, cosióronle á puñaladas los demás conjurados.  
Desastroso y no merecido fin del hombre á quien los espa-  
ñoles llamaban el Aníbal romano, y que por espacio de ocho  
años había estado haciendo dudar si la España sería romana,  
ó si Roma sería española (73).

Segun Vellejo Patérculo, esta trágica y horrorosa escena se  
verificó en *Etosca*, hoy Aitona, á algunas millas de Lérida.

Si en los traidores pudiera tener cabida el pundonor, debió  
Perpenna haber muerto de remordimiento y de bochorno,  
cuando abierto que fué el testamento de Sertorio se vió que  
le tenía nombrado heredero y sucesor suyo. Tan horrible  
pareció á todos entonces la perfidia, que faltó poco para que

fuese despedazado. Reservábase, no obstante, Pompeyo el  
castigo que merecía su detestable hazaña. Apenas se posesio-  
nó de su ambicionado puesto de general en jefe de las tropas,  
le atacó Pompeyo y le derrotó completamente. El cobarde  
Perpenna se había escondido entre unos matorrales: de allí  
le sacaron unos soldados: el traidor quiso evitar la muerte  
presentando á Pompeyo las cartas cogidas á Sertorio, en las  
cuales se cree resultaban comprometidos muchos personajes  
de Roma. Pompeyo con loable generosidad las hizo quemar  
sin leerlas, y mandó dar muerte al execrable traidor con  
algunos de sus cómplices. Uno de ellos, Anfidio, fué á Africa  
á arrastrar una vida infame y mísera, mil veces mas desastro-  
sa que la muerte.

En cuanto á los españoles, aquella guardia sertoriana de  
*devotos* que habían jurado no sobrevivir á su amado jefe,  
cumplieron con su fidelidad acostumbrada, haciendo el  
sacrificio sublime, sin ejemplo en los anales de otros pueblos,  
de quitarse la vida unos á otros. Imposible es llevar á mas alto  
punto la *devoción* y la fidelidad, el respeto á los juramentos,  
el desprecio de la vida, y la austeridad y rigidez de costum-  
bres. Tales eran los españoles de aquella edad. Así se ve con-  
firmado lo que de ellos dijimos en el capítulo primero de esta  
obra (1).

Fuéronse rindiendo á Pompeyo unas tras otras las ciudades  
de España, algunas no sin resistencia. Terrible fué todavía la  
de Calahorra. La pluma se resiste á dibujar el cuadro espanto-  
so que ofreció esta ciudad en su obstinada defensa. El  
hambre que se padeció fué tal, que segun Valerio Máximo, se  
salaban los cadáveres para que pudiesen alimentar á los que  
aun sostenían el peso de las armas... (2). Apartemos la vista  
de las repugnantes escenas de aquella heroica barbarie.  
Pompeyo destruyó la ciudad, y degolló con crueldad menos  
heroica, pero no menos bárbara, el resto de sus infortunados  
habitantes. Con la destrucción de Calahorra, acabó de some-  
térsele la España.

Pompeyo y Metelo fueron á Roma á compartir los honores  
del triunfo. Así acabó la famosa guerra de Sertorio.

## CAPITULO V

## Julio César en España

DESDE 73 ANTES DE J. C. HASTA 48

Primera venida de César á España.—Vuelve en calidad de pretor.—Car-  
ácter ambicioso de César.—Su crueldad con los habitantes del monte  
Herminio.—Va á la Coruña y á Cádiz.—Ley para corregir la usura en  
España.—Enormes riquezas que saca de la Península.—Vuelve á Roma  
y compra con ellas la dignidad consular.—Primer triunvirato romano.  
Triunfos de César en las Galias.—Pasa el Rubicon y va á Roma  
contra Pompeyo.—Se hace dictador.—Vuelve tercera vez á España.—  
Asombrosa campaña en que vence á Petreyo y Afranio.—Somete  
también á Varron en la Bética.—Hace á todos los moradores de Cádiz  
ciudadanos romanos.—Vuelve á Roma y se hace otra vez dictador.—  
Gobernadores de España.

Sossegada España despues de la guerra de Sertorio, aunque  
no tranquilos los ánimos, sino reprimidos hombres y pueblos

(1) Cítase, aunque dudan todavía algunos de su autenticidad, el si-  
guiente epitafio que aquellos heroicos españoles dejaron escrito:

HIC MULTE QUAE SE MANIBUS  
Q. SERTORII TURBAE, ET TERRE  
MORALIUM OMNIUM PARENTI  
DEVOVERE, DUM, EO SUBLATO,  
SUPERESSE TÆDERET, ET FORTITER  
PUGNANDO INVICEM OCCIDERE,  
MORTE AD PRESENS OPTATA JACENT.  
VALETE, POSTERI.

«En este sitio numerosas cohortes se sacrificaron á los manes de  
Q. Sertorio, y á la Tierra, madre de todos los hombres. Privados de su  
jefe, la vida se les hacia una carga pesada, y combatiendo unos con otros  
supieron darse la muerte, objeto de sus votos. Reciba la posteridad nues-  
tro último adiós.»

(2) Val. Max. lib. VII, cap. 6.

bajo la férrea autoridad de los pretores, ningun acontecimiento  
notable que la historia haya trasmitido ocurrió por algunos  
años sino la venida de Julio César (69), que hubiera pasado  
también desapercibida, puesto que era entonces un simple  
cuestor militar, si este personaje no hubiera estado destinado  
á desempeñar tan gran papel en España y en el mundo. En  
esta ocasion se dejó ya revelar su grande alma; no con hechos  
brillantes, sino con una que podríamos llamar heroica flaqueza.

Visitando los pueblos en ejercicio de su cargo llegó á Cádiz,  
y habiendo visto en el famoso templo de Hércules el busto de  
Alejandro el Grande, dicen que lloró contemplando que á la  
edad en que Alejandro había conquistado ya un mundo, él no

ETOSCA (AITONA)



había hecho nada memorable (3). Sin embargo, no se había  
ocultado ya á la perspicacia de Sila ni la ambición ni los altos  
pensamientos de César, puesto que antes de esta época había  
dicho ya de él: «Este joven llegará á ser otro Mario.» Nada  
hizo entonces en España digno de especial mención. Ansioso  
de buscar ocasiones en que ganar gloria, regresó á Italia, donde  
fué obteniendo diferentes magistraturas.

Nueve años despues volvió á España ya en calidad de pre-  
tor (60). Ya entonces era conocido también su célebre dicho,  
cuando al pasar por una miserable aldea de los Alpes dijo á  
sus amigos: *Mas querria ser el primero en esta aldea que el  
segundo en Roma.* A un hombre que venia poseído de tan  
elevadas y ambiciosas miras, no podía contentarle el estado  
de quietud en que encontró á España. Necesitaba, si no le  
había, discurrir un pretexto que le proporcionara medio y  
ocasion en que desarrollar la actividad de su genio y en que  
adquirir méritos para ir conquistando aquella soberanía,  
aquel primer puesto que tan anticipadamente ambicionaba.  
Diéronsele, á falta de otro, los habitantes del monte Herminio  
(sierra de la Estrella), de quienes supo que acudridos  
inquietaban las comarcas vecinas de aquella parte de la Lu-  
sitania, y á quienes excusado es decir que calificaba de bandi-  
dos y salteadores. Fuése, pues, contra ellos al frente de quince  
mil hombres, y so color de que sus casas eran unas guaridas  
perpetuas de ladrones, las hizo derruir obligándolos á aban-  
donar la montaña y establecerse en las llanuras, degollando á  
los que rehusaban obedecer y persiguiendo á muerte á los  
fugitivos. Algunos de estos montañeses, hijos de los que tan  
temibles se habían hecho á Roma con Viriato y con Sertorio,  
lograron en su fuga ganar una de las pequeñas isletas de la  
costa de Galicia frente al puerto de Bayona, donde se creyeron  
seguros de las lanzas romanas. Pero habiendo observado César  
lo bajas que estaban las aguas por aquella parte, en balsas  
que al efecto mandó construir despachó un destacamento de  
sus tropas á la isla. Sobrevino luego la subida de la marea y  
se llevó las balsas. No les hicieron falta á los soldados romanos  
para volver; los herminioses los habían degollado á todos:  
uno solo quedó con vida, Publio Sœva, que salvándose á nado  
pudo llevar á César la noticia del desastre. Irritado el pretor  
con tan humillante golpe, pidió una flotilla á Cádiz, y embar-  
cándose en ella con bastante gente, acabó con todos aquellos  
infelices, que el hambre tenía ya flacos, extenuados y sin  
fuerzas para defenderse. Así comenzaban su carrera en España  
todos los generales romanos.

Costeando desde allí César por el litoral de Galicia, arribó  
al puerto Brigantino (hoy la Coruña), cuyos habitantes, acos-  
tumbrados á navegar en botes ó barcas de mimbres forradas  
con pieles, se sorprendieron grandemente á la vista de las  
naves romanas, con sus infladas velas, sus altos mástiles y sus

(3) Sueton., in Vit. Caesar.



adornadas proas, así como con las brillantes armaduras de los guerreros que en ellas iban: dejaron sin dificultad desembarcar los soldados, y sobrecogidos de una especie de estupor religioso, se sometieron á César.

Volvióse este desde allí á Cádiz, sin emprender nuevas conquistas: ni el país le daba ocasion para ello, ni le interesaba entonces tanto conquistar como adquirir dinero. César ofreció en aquella sazón un ejemplo de cuánto es mas fácil hacer leyes para reformar á otros que aplicarse la reforma á sí mismo. Dió una ley para refrenar la usura que en aquel tiempo ejercian los ricos con escándalo en España. Habíanse arrogado el derecho de despojar á los deudores de sus tierras, que ellos tampoco cuidaban de cultivar, con gran detrimento de la agricultura. César prohibió la expropiacion forzosa por deudas, y limitó los derechos de los acreedores á las dos terceras partes de los productos de las fincas hasta la total extincion de los débitos. Con esto hizo un gran bien á las clases pobres. Pero hubiéralo hecho mayor á toda España si él no se hubiera dado tanta prisa á amontonar riquezas. Cuando le fué conferido el gobierno de la Península, habia estado él mismo detenido en Roma por las reclamaciones de sus acreedores, á quienes debía la enorme suma de ochocientos treinta talentos de oro (que equivalian á muchos millones de reales), sin poder partir hasta que el opulentísimo Craso hubo de salir por fador suyo. Cuando volvió á Italia, es decir en menos de dos años de pretorado en España, no solo llevó lo bastante para solventar sus deudas, sino que le quedó aun para ganar con larguezas gran número de amigos que le elevaran al consulado.

Obtuvo, pues, la dignidad consular (59), que prefirió á los honores del triunfo. Roma se hallaba dividida en dos bandos que capitaneaban Craso y Pompeyo. César supo ganarse la voluntad de ambos, y entre los tres se formó el primer triunvirato de que hace mención la historia romana. El senado elogió grandemente á César por haber dado fin á una rivalidad tan peligrosa para la república. Solo Catón comprendió que Roma habia perdido su libertad. En efecto, los triunviro se hicieron dueños de la direccion de los negocios públicos, y Catón y Ciceron que se atrevieron á alzar su voz contra ellos, no hicieron sino exponerse á su venganza. César, para mejor asegurarse la amistad de Pompeyo, le dió en matrimonio su hija Julia. Todos tres habian estado en España: Pompeyo y César como generales: Craso, proscrito en tiempo de las guerras de Sila y Mario, habia hallado en España una hospitalidad generosa, á que por cierto no habia correspondido con gratitud (1).

Trascurrido el año consular de César, y distribuido el mando de las provincias entre los triunviro, partió César para las Galias y la Iliria, cuyo gobierno le habia tocado: Craso tomó el de Egipto, la Siria y la Macedonia; Pompeyo el de España. Los brillantes triunfos de Cesar en las Galias le afirmaron mas en su pensamiento de hacerse el soberano de la república. La muerte de Craso (57) disolvió el triunvirato, dejando ya solos frente á frente á César y Pompeyo. Amigos en la apariencia, pero rivales y enemigos en el fondo de su alma, el lazo de Julia, á quien ambos amaban tiernamente, el uno como padre, como esposo el otro, era el que los habia mantenido exteriormente unidos. Murió Julia, y cesó ya entre ellos todo miramiento y consideracion. Y como ambos aspiraban al mando supremo de la república, y ni Pompeyo sufría superior ni César sufría igual, pronto estalló la enemistad de un modo estruendoso y fatal para Roma, fatal tambien para España.

(1) Habia estado ocho meses oculto en una gruta, entre Ronda y Gibraltar, perteneciente al rico español Vibio Pacieco, el cual le prodigó allí toda clase de auxilios con la mayor solicitud y esmero. Cuando la suerte se volvió del lado de su partido, salió de la gruta, y con algunas tropas de su bando devastó el mismo país que le habia servido de asilo. Málaga, que habia estado un poco remisa en satisfacer un pedido suyo, fué inexorablemente saqueada. Por estos medios se hizo Craso el mas opulento de los romanos. Así no es extraño que pudiera dar un día á todo el pueblo romano aquel célebre banquete en que hizo distribuir á cada convidado todo el trigo que podia comer en tres meses. Cuando murió en la guerra contra los parthos, un ciudadano romano hizo echar oro derretido en su boca para insultar su avaricia.

que tuvo la desgracia de ser elegida teatro de sus sangrientas contiendas, como luego vamos á ver.

Pompeyo se habia quedado en Roma, rigiendo desde allí la España por medio de sus lugartenientes. Primero llegó á ser nombrado cónsul único: despues, influyendo para que se nombraran cónsules enemigos de César, logró un decreto del senado mandando á César que resignara el mando del ejército. Contestó César que obedecería á condicion de que se obligara tambien á Pompeyo á renunciar el mando del que en Roma habia levantado contraviniendo á las leyes. El senado repitió la órden á César, intimándole que si no obedecía, sería declarado traidor á la patria. Comprometida y delicada era la situacion de César: reflexiona, medita sobre ella, y sobre los males de una guerra civil; pero dueño de las Galias, contando con un ejército aguerrido, victorioso y adicto á su persona, y con un partido numeroso que á fuerza de oro habia ganado (que para esto le servia el oro de España y de las Galias), opta por la guerra. *La suerte está echada*, dice, y pasa el Rubicon (2). Grande fué la consternacion de Roma. Ciceron habia preguntado á Pompeyo con qué fuerzas contaba para detener á César: *Me basta*, respondió el presuntuoso romano, *sacudir con el pié la tierra para hacer que broten legiones*. Al saberse la aproximacion de César, le dijo Favonio: *Ea, gran Pompeyo, da un golpe en la tierra, y haz que salgan las legiones prometidas*. Mas lo que hizo Pompeyo fué huir de Roma, olvidándose con la premura hasta de recoger el tesoro público, de que supo aprovecharse muy bien César. Retirado Pompeyo á Dirraquio, quedó César de dictador en Roma (49).

España va á ser el campo en que los dos grandes hombres se disputarán el imperio del universo. César encomienda á Marco Antonio la defensa de Italia, y él determina venir á España á combatir aquí á los generales de Pompeyo.

En todo el tiempo que habia mediado desde su estancia como pretor, España habia estado pacífica con la paz de los oprimidos. Solo en el año 55 una gran muchedumbre de cántabros, llamados por sus hermanos y vecinos de las Galias, habian ido á darles socorro, conducidos por acreditados y valerosos jefes que habian hecho la guerra con Sertorio. Pero esta expedicion habia sido tan infortunada, que en ella ejecutaron los romanos una de aquellas carnicerías horribles con que hace estremecer la relacion de las guerras de la antigüedad. Treinta y seis mil dicen que murieron (3).

Desde entonces volvió á quedar tranquila. Viene ahora César con formidable ejército, dividido en dos grandes cuerpos, uno al mando de Fabio, por los Pirineos, otro por la costa, regido por él en persona. Los dos generales de Pompeyo, Afranio y Petronio, debian interceptar el paso á Fabio, mientras Varron desde Cádiz habia de enviar una flota contra César. Pero Varron faltó, y Fabio atravesó los Pirineos sin obstáculo, y César desembarcó en Ampurias y tomó la vuelta del Ebro. Fabio acampó en la confluencia del Segre y del Cinca. Los pompeyanos lo hicieron en una colina á trescientos pasos de Lerida. Despues de algunos encuentros parciales llegó César con novecientos jinetes, y formó el proyecto de incomunicar al enemigo con la ciudad. Empeñóse con este motivo un recio combate, en que despues de haber perecido muchos soldados de César, logró todavía su ejército rechazar á los de Pompeyo y empujarlos hasta cerca de Lérida. Pronto conocieron que habian avanzado mas de lo que les convenia. Una nueva fuerza de pompeyanos, la mayor parte españoles, cargó sobre ellos, y rompiendo sus filas recobró la posicion disputada (4).

(2) Este paso del Rubicon adquirió tanta celebridad, porque habia un decreto que declaraba enemigo de la patria al general que pasara con tropas armadas este pequeño riachuelo.

(3) Cesar, de Bel. Gall. lib. III.

(4) «Los soldados de Afranio (que eran españoles en su mayoría), escribió despues César, tenían una táctica singular: lanzábanse con impetuosidad sobre el enemigo, apoderábanse atrevidamente de una posicion y sin guardar filas combatian en pelotones. Si se veian obligados á ceder á fuerzas superiores, retirábanse sin bochorno, no creyendo que hubiese honor en resistir temerariamente. Los lusitanos y demás bárbaros los habian acostumbrado á este género de combate.» De Bell. Civ. lib. I.

Sobremenera apurada llegó á ser la situacion de César. Encerrado con su ejército entre dos rios, el Cinca y el Segre, cuyas aguas acrecidas con las abundantes lluvias de la primavera, arrastraron con violencia los puentes y le cortaron toda comunicacion, perecia de hambre viendo llegar á la

opuesta orilla los carros de vituallas y municiones que de la Galia le enviaban, sin poder aprovecharse de ellos, y con riesgo de que cayeran en poder del enemigo. En tan crítica situacion, otro general de menos recursos que César, hubiera caído de ánimo. Mas él, haciendo construir apresuradamente



unos ligeros botes, logró pasar el Segre con parte de sus tropas, por un sitio cuya vista encubrian á los enemigos las eminencias vecinas. Tomando luego posicion en un cerro, que fortificó, pudo echar un puente, por el cual pasó con la caballería, carros y tropas auxiliares de las Galias. Entonces tomó la ofensiva y pone en fuga á los enemigos. En tan feliz ocasion,

llega la noticia de una victoria ganada por su escuadra sobre la de Pompeyo en las aguas de Marsella: difúndese la nueva por aquellas comarcas, y los lacetanos, ausetanos, cosetanos é ileravones, que hasta entonces se habian mantenido neutrales, ofrecen á César su amistad, y le asisten con todo género de recursos. Otros pueblos del interior le envian igualmente

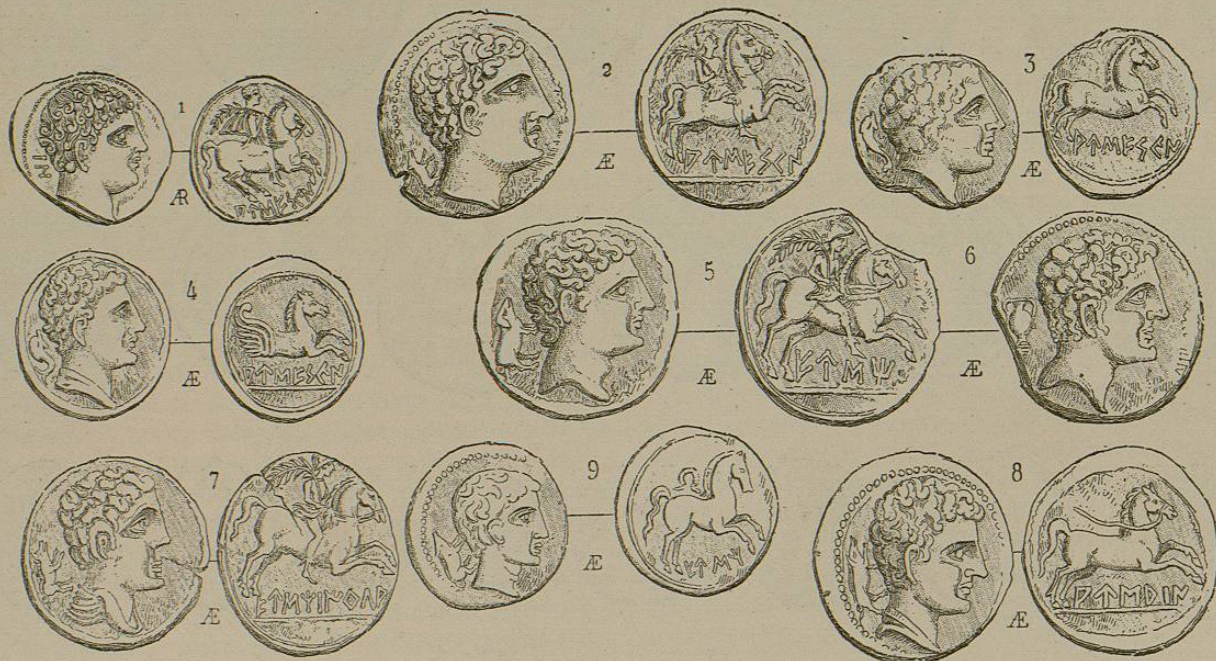


diputados, manifestándole estar dispuestos á seguir sus banderas. Ya tenemos españoles militando en uno y otro partido: ¡lamentable ceguedad!

Con esto cambió completamente la situación de ambos ejércitos. Los generales de Pompeyo resolvieron llevar la guerra á la Celtiberia, donde contaban mas parciales y esperaban poder sostenerse mejor: mas para eso tenian que cruzar el Ebro. Advertido de ello César, hace que su caballería, vadeando el Segre, pique la retaguardia del enemigo: al dia siguiente, la infantería pide atravesar el rio á nado: César aparenta concedérselo como una gracia, como quien contemporiza con el ardor del soldado, y el ejército ejecuta esta difícil operacion con el agua hasta el cuello, sin desgraciarse un solo hombre. Entonces persigue, molesta, acosa al enemigo por medio de hábiles combinaciones, de diestras maniobras y de evolucio-

nes rápidas y sabiamente entendidas. Proponíase César economizar la sangre de sus soldados, y vencer sin empeñar batalla: su estrategia traía aturridos á Afranio y Petreyo, que por todas partes se hallaban cortados; con fingidas retiradas los atraía á las posiciones que le convenian mas; sería difícil seguirle en todos sus movimientos. Reducidos los pompeyanos á una situación casi desesperada, piden un armisticio y se les concede: peor para ellos; los soldados de uno y otro ejército se mezclan, fraternizan y se van dejando seducir de los cesarianos; nótales Petreyo, y ejecuta crueles castigos en los débiles y arenga enérgicamente á los demás. Comprenden entonces ambos generales la necesidad de variar de plan, é intentan retroceder á Lérida; César los sigue, los envuelve y los hace detenerse á mitad del camino, donde pasan tres dias faltos de agua y de víveres, y sin poder moverse ni atrás ni adelante;

AUSA (VICH)



intentan forzar las líneas de César, pero extenuados de hambre y de sed, tienen que rendirse; piden capitulación, y se les concede bajo juramento de que regresarian á sus hogares para no volver á empuñar las armas contra César, y que los españoles se retirarian libremente á sus casas. Las condiciones fueron aceptadas y cumplidas.

Así terminó la primera campaña de César contra los generales de Pompeyo, casi sin efusión de sangre. La habilidad que desplegó en ella realzó al mas alto punto su fama de gran capitán.

Fuéle aun mas fácil la segunda. No quedaban ya en España mas fuerzas pertenecientes á Pompeyo que las que mandaba Varron en la Bética; en todo, sobre veinticinco mil hombres. Habia hecho Varron construir muchas naves en Cádiz y Sevilla, y preparóse á todo evento, trasladando á la casa del gobernador los tesoros del templo de Hércules Gaditano. No bastando á esto su codicia, exigió exorbitantes impuestos á las ciudades que sospechaba mas adictas á César, con lo que se atrajo, como era natural, la animadversion de los pueblos. Suponiendo César muy fundadamente que con esto el espíritu público de aquellas provincias estaria muy inclinado á su favor, despachó al tribuno Casio para que invitara á las ciudades de la Bética á concurrir por medio de representantes á Córdoba, donde se hallaria él en determinado dia. Hicieronlo así la mayor parte de los pueblos, y César con seiscientos jinetes escogidos hizo su entrada en Córdoba, y recibió en audiencia, con aire ya de vencedor, á los magistrados de las ciudades.

Todavía intentó Varron un golpe de mano sobre Córdoba; pero la ciudad, contenta con su nuevo huésped, le cerró las puertas. Revolvió sobre Carmona, y halló que la guarnicion habia sido arrojada por los habitantes. Un cuerpo de cinco mil españoles le abandonó retirándose á Sevilla. Perdido

estaba Varron; ni la posibilidad de huir le quedaba; no tuvo otro remedio que enviar un legado á César, ofreciéndole la sumision con la única legion que le quedaba: admitióla César á condicion de que hubiera de darle severa cuenta de su conducta.

Vióse entonces en Córdoba una escena sublime, afrentosa para Varron, honrosa para César, consoladora para los pueblos. Congregó César la Asamblea de los representantes; mandó comparecer á Varron, y allí públicamente á presencia de los diputados le pidió estrecha cuenta de las sumas que arbitrariamente habia exigido. César prometió solemnemente que sería restituido todo á las ciudades despojadas, y dando gracias á los mandatarios por el buen espíritu que estas en su favor habian manifestado, y ofreciéndoles su proteccion, despidióse de ellos dejándolos prendados de su generosidad y grandeza.

Desde allí pasó César á Cádiz, donde le esperaba igual acogida. Mandó devolver al templo de Hércules los tesoros extraídos por Varron, y promulgó varios edictos de utilidad pública. Deseoso de corresponder al buen recibimiento de Cádiz, declaró á todos sus habitantes ciudadanos romanos, distincion en aquel tiempo muy envidiada. Así Cádiz, ciudad romana casi desde la expulsion de los cartagineses, acabó de romanizarse con este privilegio (1).

Embarcóse seguidamente César para Italia en la misma flota construida por Varron, dejando por gobernadores de España á Lépido y Casio. A su paso por las aguas de Marsella conquistó esta ciudad que se le mantenía enemiga, despues de un sitio célebre que inmortalizó la patriótica musa de Luciano, y de regreso á Roma fué nombrado dictador.

(1) Flor. lib. VI.—Dion. Cass. XLI.—Plut. in Vit. Caesar.—Oros. lib. VI.—Caesar, de Bell. Civ. lib. II.

TARRACO Ó COSE (TARRAGONA)

